

## El duelo impostergable

Blanca Elena Pantin

Son de larga data las heridas (no sanadas) y el duelo (no elaborado) de Venezuela. Ana Teresa Torres las ubica con precisión en los años de la Guerra de la Independencia cuando la figura del héroe en el imaginario del país emerge representada por Simón Bolívar.

Escritos en años del poder bolivariano, entre el año 2000 y 2021, estos diez ensayos permiten seguir la secuencia de la polvareda y devastación que dejó la gesta independentista hasta el país hoy, de heridas abiertas, sometido a procesos de pulverización, a migraciones forzadas, a pérdidas sobre pérdidas, de imaginario difuso, borroso, *maldita circunstancia*, que la autora desentraña y hurga con mirada y lectura quirúrgica; también, y sobre todo, psicoanalítica.

“Aquello que no nombramos, podríamos decir, nos amenaza. Nos vigila como fantasma ausente de nominación. El duelo exige lenguaje del reconocimiento, exploración del cuerpo perdido hasta convertirlo en objeto doloroso, a pesar y por ello mismo, carne propia”. ¿Cuánto, cuándo, y qué hemos perdido?, se pregunta Torres y responde: “Si nos asomamos al vasto horizonte de la historia, nuestra mirada se extiende hacia un indefinido territorio de lo ausente, una geografía de la pérdida que atravesamos con una borrosa cartografía”.

De guerra habla Torres y guerra la llama. ¿Qué otra cosa si no es la *maldita circunstancia* de la que somos testigos? Sobre la herida, del *grito de los heridos, de los hirientes* escribe la autora de estos ensayos vertebrales que abordan la tragedia del país: “Creía solo haber vivido guerras de cine y libros, pero esto que veo ahora me hace pensar que quizás las guerras no son todas iguales y que esta, la que ocurre hoy en Venezuela, es una de ellas con sus propias modalidades y matices”.

Le da nombre: *utopía destartalada*. La utopía del país de la modernidad y la democracia, a pasos del progreso que movería el petróleo se desvanece hasta destartarse. Y es que “Detrás de la utopía de la modernidad latía una más antigua, más profunda, quizá,

que entroncaba perfectamente con el discurso de la Revolución Bolivariana”.

Tarde o temprano se tendrá que hacer el duelo, atravesarlo, elaborarlo. El duelo del daño, la tragedia del país. Eludirlo sería no sanar, reparar, las heridas. Ya se ve el costo de los curetajes, el encandilamiento ante las promesas del héroe y el poder que lo encarna. No hay otra. Postergarlo, un sinsentido.

“Si no dejamos que el duelo transcurra, y tratamos de acortarlo negándolo o convirtiéndolo en rabia y resentimiento, sin dejar que se tome el tiempo que necesite su proceso, nos llenaremos de emociones y actitudes negativas que a la larga y a la corta no nos ayudarán”.